



Coronavirus: desde qué nosotros pensar el mañana
Jerónimo Guerrero Iraola
<https://doi.org/10.24215/16696581e359>

Coronavirus: desde qué nosotros pensar el mañana

Coronavirus: from what we think about tomorrow

Jerónimo Guerrero Iraola

Nací en La Plata en septiembre 1986. No vi a Argentina campeona del Mundo. Mi vida transcurrió entre diagonales y siempre, de algún modo, vinculada a la Universidad Nacional de La Plata. Estudié abogacía y comunicación social. Me formé en derechos humanos. Entre mis (nuestras) militancias reivindico la territorial, la académica y la lucha por la dignidad y la libertad del temor y la miseria. Soy abogado del CECIM La Plata, y un fanático de las cuestiones relacionadas con la ciencia y la tecnología.

Papá de Simón y Helena, mis tiempos transcurren en la hiperfragmentación de la vida cotidiana. Entre cuidados, libros, trabajos y sueños.

jguerreroiraola@gmail.com

Palabras clave

Precariedad – Vida digital – Experiencia – Política

Keywords

Precariousness – Digital Life - Experience - Politics

En menos de 10 años me tocó padecer una inundación (vivo en la ciudad de La Plata), y ahora una pandemia cuyos efectos inmediatos son el aislamiento social, preventivo y obligatorio (al momento de la redacción de este artículo llevamos 52 días de cuarentena). Hace mucho perdí la fe en el progreso indefinido que nos venden desde ciertas usinas de pensamiento liberal. Sin embargo, la circularidad de estos días de encierro, me llevan a reflexionar sobre algunos ejes. Se trata, así, de acuñar interrogantes que puedan funcionar como disparadores para el análisis, o la acción política colectiva.

A modo de aclaración preliminar, diré que las meditaciones que irrumpen son el fruto de lecturas, de una sobreexposición a datos, noticias, material bibliográfico. La economía de la atención hace que debamos pasar *la Biblioteca de Babel* por el tamiz de nuestros marcos analíticos. En dicho sentido, prefiero apartarme de la arrogancia. No hacer coincidir la forma en categorías previas



de las que me valgo para interpretar mi (nuestro) cosmos, ni para, a modo de sesgo de confirmación, descubrir que hay una piedra oculta detrás del arbusto donde yo mismo la he escondido. Tampoco, claro, existe en mí la pretensión de ocupar una posición de “intelectual orgánico”. No pretendo celebrar victorias pírricas, ni cuestiones que se alinean con mi visión de la política, el mundo, la justicia social, antipatriarcal y ecológica. Nos falta tiempo para sacar la panorámica, y la lógica de las redes sociales y la inmediatez nos suele hacer incurrir en errores gnoseológicos y metodológicos severos. Los disparadores son, entonces, una apuesta a que discutamos colectiva y fervorosamente. Nada más. Nada menos.

Pensemos en el *desenfreno*. Se puede parar. Sí, aunque que las economías sentirán el impacto. Sin embargo, si vamos más allá del tejido epitelial, podemos preguntarnos por el sentido de la economía tal como se nos exhibe. ¿Qué implica que la economía colapse? ¿Qué pasa si colapsamos todos y todas? Las economías pujantes, las en desarrollo y las más complicadas ¿Qué entendemos por economía? ¿Qué miramos? ¿Qué nos preocupa?

En algún punto, el virus puso en jaque a la *sociedad del cansancio*, aquella definida por Byun-Chul Han (2012). El ritmo frenético, individual, desapegado y egocéntrico, hoy colapsa ante nuestra finitud. Estamos solos y solas en nuestras casas. Nuestros afectos están lejos, como todas las semanas desde hace décadas, sólo que ahora lo vemos, lo sentimos y percibimos. Los lazos comunitarios, esa dinámica de compartir, cuidar y ser cuidados, aquello denostado por el *mainstream* meritocrático e individualista, emergen con potencia, como alguna ciudad antigua enterrada por la tormenta de arena de aquello que llaman éxito. Hoy, como nunca, el abrazo de una abuela, el mate con un padre, madre o ser querido, se vuelve oro ante la tóxica e implacable dosis de incertidumbre que consumimos a diario.

A veces, el destino se parece a una pequeña tempestad de arena que cambia de dirección sin cesar. Tú cambias de rumbo intentando evitarla. Y entonces la tormenta también cambia de dirección, siguiéndote a ti. Tú vuelves a cambiar de rumbo. Y la tormenta vuelve a cambiar de dirección, como antes. Y esto se repite una y otra vez. Como una danza macabra con a Muerte antes del amanecer. Y la razón es que la tormenta no es algo que venga de lejos y que no guarde relación contigo. Esta tormenta, en definitiva, eres tú. Es algo que se encuentra en tu interior. Lo único que puedes hacer es resignarte, meterte en ella de cabeza, taparte con



fuerza los ojos y las orejas para que no se te llenen de arena e ir atravesándola paso a paso. Y en su interior no hay sol, ni luna, ni dirección, a veces ni siquiera existe el tiempo. Allí solo hay una arena blanca y fina, como polvo de huesos, danzando en lo alto del cielo. Imagínate una tormenta como ésta. (Murakami, 2011 p. 10)

Y tú en verdad la atravesarás, claro está. La violenta tormenta de arena. La tormenta de arena metafísica y simbólica. Pero por más metafísica y simbólica que sea, te rasgará cruelmente la carne como si de mil cuchillas se tratase. Muchas personas han derramado allí su sangre y tú, asimismo, derramarás allí la tuya. Sangre caliente y roja. Y esa sangre se verterá en tus manos. Tu sangre y, también, la sangre de los demás. Y cuando la tormenta de arena haya pasado, tu no comprenderás cómo has logrado cruzarla con vida. ¡No! Ni siquiera estarás seguro de que la tormenta haya cesado de verdad. Pero una cosa si quedara clara. Y es que la persona que surja de la tormenta no será la misma persona que penetró en ella. Y ahí estriba el significado de la tormenta de arena. (Murakami, 2011 p. 11)

Tal vez, el COVID-19 vuelva a emplazar nuestra experiencia en una escala humana. Sin vida, no hay economía ni finanzas posibles. Sin biosfera, no hay vida. Tenemos un solo planeta que hoy, en plena crisis epidemiológica, nos escupe con crudeza nuestras propias limitaciones. No podemos escapar del planeta en la nave de Elon Musk. El agua, la tierra y el aire son bienes finitos. Como nuestras vidas. Frágiles. Las ficciones e historias que nos narramos, aquellas que nos permitieron en un par de siglos pasar a ser amos de la pirámide animal, hoy son insuficientes contra un microorganismo. Como afirma Svampa <<Las causas socioambientales de la pandemia muestran que el enemigo no es el virus en sí mismo, sino aquello que lo ha causado>> (2020 p. 25).

La aparición de peces en el Riachuelo, la drástica disminución de emisiones de dióxido de carbono (aunque no suficientes para, incluso de sostenerse, disminuir el impacto sobre el calentamiento global), y las postales como el Himalaya y su retorno a la visibilidad desde algunos



puntos de India, son indicadores fehacientes de cuán destructivo es el modelo de producción y acumulación vigente. No obstante, es un contrasentido pensar el ambiente en forma estática, sin personas humanas. Es claro que la acción política debe estar orientada a gestar modelos de desarrollo que permitan erradicar el hambre, brindar acceso al agua, a vivienda, salud y educación, en forma armónica. La cosmovisión del Sumak Kawsay y el Suma Qamaña son interesantes para abordar en clave andina y nuestroamericana las definiciones del buen vivir, y del (re)aprender a vivir juntos y juntas.

Por su parte, el COVID-19 nos debe llevar a una profunda reflexión en torno a la sociedad algorítmica. Aquella que nos introdujo, hace algunos años, en burbujas ficcionales que, en su potencia digital, nos sustrajeron de la experiencia *offline*. La cuarta revolución industrial y la vorágine informativa nos han puesto en riesgo. Sí, además del coronavirus, hay especialistas, como Tedros Adhanom Ghebreyesus, Director General de la Organización Mundial de la Salud (OMS) que han empleado el término *infodemia* (Adhanom Ghebreyesus & Ng, 2020), para nombrar a ese tráfico incontenible de datos y noticias falsas, que se amplifican y generan caos. Secuencias como la compra desaforada de papel higiénico, el desabastecimiento de insumos básicos como el alcohol en gel, entre otras de las tristes imágenes de las que hemos sido testigos durante las primeras semanas del aislamiento social, preventivo y obligatorio.

La experiencia vital/digital ha hallado un vértice. Un punto de encuentro. No es algo novedoso. Sucedió antes de la irrupción de la pandemia, mas la cuarentena generalizada (de alcance global) la recortó del fondo. Es conocida la expresión que afirma que los datos son el petróleo de esta era. Así, mientras el precio del barril de crudo se desploma (Infobae, 2020), Apple, Microsoft, Amazon, Google y Facebook, empresas dedicadas a los datos, <<vieron crecer su cotización conjunta en unos 750 mil millones de dólares desde la última semana de marzo a fines de abril>> (Magnani, 2020).

Hay allí algo para continuar pensando. Nuestra existencia se encuentra hoy, expuesta a la lógica de trabajo de estos gigantes. Conocen mucho de nuestras prácticas, usos, desplazamientos, e incluso, de cuestiones íntimas. La huella digital es una impresión en tres o más dimensiones de nuestras subjetividades. Menudo caldo de cultivo para experimentos de mercadeo, de control, de segregación, entre tantas otras posibilidades. ¿Estamos condicionados por nuestra experiencia digital? ¿En qué medida lo que sucede en los espejos negros determina nuestro comportamiento? ¿Se puede regular? ¿Es emancipador u opresivo? Hay allí una tensión con el



nudo de estas reflexiones. La tormenta metafísica puede que seamos nosotros, pero está mediada por Android o iOS. Sus lógicas son performativas de lo social, y en sus tensiones emerge lo indecible de un tema no abordado desde la perspectiva de acceso a derechos, sino desde la maquinaria mercantil.

El problema, entonces, no es cómo utilizamos la mercancía. Si le otorgamos o no una función social. La cuestión es que, en este modelo, somos la mercancía. Por ello, retomando la aclaración preliminar, me encuentro escéptico a la hora de pensar en nuevos pactos sociales de alcance global. No es que no me entusiasme bosquejarlos, visualizar cómo serían, el tema es que no se trate sólo un retroceso o meseta que habilite nuevas y perfeccionadas estrategias de acumulación de capital.

En simultáneo, seguimos apreciando la precariedad como hilo conductor:

Creo que la precariedad se ha convertido en un concepto político más importante. La especialista Isabel Lorey sugiere que es una condición económica y política que realmente pertenece a nuestro presente. El proletariado son trabajadores que no están recibiendo un pago suficiente para comer o vivir mejor, pero el precariado [precariat] es una categoría diferente. Las vidas precarias puede que no tengan ni siquiera trabajo. Puede ser que tengan y pierdan el trabajo rápidamente. Pueden ser trabajadores transitorios. Puede ser que tengan albergue y lo pierdan el próximo día. El futuro es radicalmente impredecible. (Judith Butler: hay buenas razones para distinguir entre populismo de derecha e izquierda, 2017)

Esta dimensión es el saldo del modelo imperante. Frente a todas las buenas oportunidades que se esbozan en artículos y opiniones, continúa inmutable la interseccionalidad de vulnerabilidades invisibilizadas. Las personas que no tienen acceso a salud, las y los cuentapropistas que viven de la pesca del día, quienes no tienen empleo, aquellos/as sin acceso a vivienda adecuada. Pensar a partir del *precariado* como modelo de subjetividad es, quizás, la punta del ovillo de Ariadna. La ocasión para bosquejar caminos de acción/intervención política. ¿Pueden existir pactos sociales que otorguen seguridad frente a la precariedad? ¿Existen políticas públicas diversas, que permitan llegar a todos y todas, y otorgar seguridad frente a tantas contingencias?



Esta obra está bajo una Licencia Creative Commons
Atribución-NoComercial-Compartir Igual 4.0 Internacional

¿Podremos encontrar la vacuna contra el precariado? Ambiente, patriarcado y desigualdad económica. Las epidemias detrás de la pandemia. Quizás esta trágica situación nos permita discutir todo. En serio, con datos, con comprobaciones, sin chicanas ni evocaciones románticas. Hay un bichito que se cobró, desde principio de 2020, muchísimas vidas. Aquí estamos, pensando en colectivo.

Referencias

- Adhanom Ghebreyesus, T., & Ng, A. (2020). Desinformación frente a medicina: hagamos frente a la 'infodemia.'
- El País*. https://elpais.com/sociedad/2020/02/18/actualidad/1582053544_191857.html
- Butler Judith: *hay buenas razones para distinguir entre populismo de derecha e izquierda*. (2017). La Línea de Fuego. <https://lalineadefuego.info/2017/02/02/judith-butler-hay-buenas-razones-para-distinguir-entre-populismo-de-derecha-e-izquierda/>
- Byung-Chul Han. (2012). *La sociedad del cansancio*. Herder Editorial.
- Infobae. (2020). *Caída histórica en el precio del barril de petróleo en Estados Unidos*. <https://www.infobae.com/america/mundo/2020/04/20/el-precio-del-crudo-de-eeuu-cayo-casi-20-por-debajo-de-los-15-dolares-el-barril/>
- Magnani, E. (2020). Coronavirus: un mundo perfecto para Apple, Microsoft, Amazon, Google y Facebook. *Página/12*. <https://www.pagina12.com.ar/264399-coronavirus-un-mundo-perfecto-para-apple-microsoft-amazon-go>
- Murakami, H. (2011). *Kafka en la orilla*. Tusquets.